

Capítulo 1 - El Despertar del Dragón - La Balada de un Dragón Semi- Benigno

- Capítulo 1 - El Despertar del Dragón - La Balada de un Dragón Semi-Benigno

Capítulo 1 - El Despertar del Dragón - La Balada de un Dragón Semi-Benigno

Por primera vez en décadas, algo se agitó en las profundidades del lago de lava. Lentamente, pero con creciente velocidad, olas se extendieron por su superficie. El bajo zumbido de magia en el aire aumentó hasta alcanzar un punto colosal, y las corrientes de poder que atravesaban la territorio se retorcían y enrollaban. Algo inmenso emergió del magma. La roca fundida se deslizó por una forma titánica cubierta con un patrón caleidoscópico de escamas rojas y azules. Alas capaces de proyectar sombra sobre toda una ciudad se extendieron ampliamente, y unos ojos dorados miraron las costas repletas de tesoros del lago. Grandes pilas de plata, platino y oro salpicaban las orillas, protegidas del calor abrasador por magia ancestral. Cofre tras cofre, repleto de joyas, pociones raras y telas místicas, estaban distribuidos de manera desordenada entre las fumarolas. Dispositivos arcanos de gran y terrible poder adornaban el área, absorbiendo la poderosa magia del volcán para mantenerse funcional. Doomwing, Azote de la Quinta Edad y Terror Supremo del Oeste, nadó hacia la orilla y levantó su cuerpo de un kilómetro de largo del lago. Por un momento, sintió la tentación de revolcarse en su abundante tesoro, pero ya no era un dragón joven. Era antiguo más allá de toda medición mortal y demasiado grande para entregarse a las irreverencias de un crío. Sería completamente vergonzoso si aplastara alguna posesión preciada bajo su tamaño. En lugar de ello, se contentó con bajar su cabeza y enterrarla en una montaña de metales preciosos. Ah, no había nada como el olor y la sensación del tesoro. Todavía recordaba su juventud. Cuando era crío, le alegraba añadir incluso una sola moneda a su colección. Ahora, haría falta el equivalente a una fortuna de rey para captar su atención. Sacando la cabeza del montón de riquezas, extendió sus sentidos. Había tejido su magia en cada una de sus posesiones. Si siquiera faltaba una sola moneda, lo sabría. Y no estaría contento. Pero nada faltaba. Todo estaba en su lugar. ¿Pero por qué se había despertado? Como cualquier dragón que se respetara en su edad, pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, ya sea junto a su tesoro o en el lago de lava. Solo despertaba una vez por siglo para cobrar tributo a quienes habitaban en su territorio. Sin embargo, sus instintos le decían que no había pasado un siglo. Se había levantado más temprano. ¿Se acercaba otra apocalipsis? Lo dudaba. Sus sentidos ya habrían detectado si alguna otra Catástrofe había surgido. Quizá fuera indigestión. Había comido un kraken polar antes de dormir, y nunca le habían sentado tan bien como las variedades tropicales. No importa. Lo que realmente importaba era que estaba despierto. Ahora, podía volver a dormir, o bien dar un vuelo rápido para estirar sus alas. Sentía un poco de rigidez. Pero primero, quería comprobar cuánto tiempo había estado inactivo. Por todo lo que sabía, quizás solo había despertado unos días antes. Extendió su magia una vez más y llamó a uno de sus artefactos favoritos. Era el Reloj de las Edades. Lo había tomado tras la Catástrofe de la Cuarta Edad. En ese momento, solo lo tomó porque esa Catástrofe era una

molestia, y le alegraba robar cualquier cosa que le pareciera útil a ese idiota por principio. Sin embargo, el reloj pronto reveló ser mucho más que un simple cronómetro. Registraba todos los ciclos que gobernaban el mundo, tanto los místicos como los mundanos. ¿Quería saber si la luna estaba llena porque planeaba cazar y devorar a un montón de hombres lobo? El reloj podía decirle. ¿Y si quería saber cuándo las mareas serían bajas porque tenía hambre de tritones para acompañar a su kraken? El reloj también tenía esa información. ¿Y si se quedaba dormido durante décadas y quería saber qué año era cuando volviera a despertar? Sin problema. El reloj podía decirle exactamente qué año era. El reloj apareció frente a él, y utilizó su magia para transmitir sus órdenes. Aunque era del tamaño de una casa, aún era demasiado delicado para manejarlo con sus garras desnudas. Un momento después, el reloj le brindó la respuesta: habían pasado setenta y cinco años desde su último despertar. Hmm... ¿había despertado veinticinco años antes? No estaba nada mal. Aunque tentado a volver a dormir, no lo haría... no. Realmente quería estirar sus alas, y sería bueno recordar a los habitantes de su territorio que el tributo estaba próximo a vencer. No había nada como que un dragón de un kilómetro de largo apareciera en el cielo para recordarles en qué debían concentrarse. Sendando el reloj a su lugar en su tesoro, Doomwing dio unos pasos atrás y agitó sus alas. Solo la magia que rodeaba su colección evitó que fuera arrasado por el viento, mientras olas de lava se precipitaban sobre el lago detrás de él. Una, dos, y tres veces agitó sus alas antes de lanzarse al aire y alzar vuelo por primera vez en setenta y cinco años. A su lado, se extendía el volcán que consideraba su hogar. Era la montaña más grande y elevada del mundo, tan alta que nunca se preocupó por ladrones, pues ellos solo se asfixiarían, y tan ancha que el lago donde le gustaba dormir solo ocupaba parte de la cima. A pesar de su altura, sus laderas estaban sin nieve. En su lugar, fumarolas, abismos ardientes y toda clase de fenómenos ígneos adornaban la vertiente del volcán. La tierra en sus pies tampoco mejoraba mucho, y una vasta extensión de tierra humeante se extendía por docenas de millas. Sobrevolando la tierra a velocidades que harían enrojecer a cualquier wyvern o draco, Doomwing giró hacia el sur. La última vez que despertó, había numerosas aldeas agrícolas allí. Sus habitantes se dedicaban a exportar comida y ganado, y él recibía una generosa parte de su tributo. Un dragón más joven quizás habría devorado todo, pero Doomwing no había acumulado su tesoro siendo imprudente. Era mejor dejar que esas aldeas prosperaran, así ganaban más dinero, y él, en consecuencia, recibía más tributo. Quemar todo y devorar a todos podía parecerle divertido un día o dos, pero luego, ¿qué le quedaría? Campos quemados y aldeas vacías... que no aportarían nada a su hoard. Mientras avanzaba hacia el sur, sus agudos sentidos detectaron los dulces aromas de fuego y destrucción mezclados con lamentos de dolor y angustia de quienes se habían atrevido a desafiarlo... espera. Apenas se había despertado. Aún nadie le había desafiado. Eso significaba que alguien más estaba incendiando y atormentando, poniendo en peligro su tributo. Aceleró el paso y aterrizó con un estruendo junto a la primera aldea que encontró. Sus ojos se estrecharon. Los campos estaban en llamas, igual que muchas casas. Algunas personas corrían gritando, intentando apagar las llamas. Otras estaban postradas en la tierra cenicienta, llorando por sus vidas o por sus seres queridos perdidos. La visión enfureció a Doomwing. ¿Quién se atrevía? Esta aldea estaba en su territorio. Sus tierras, sus casas, sus cultivos, su gente... todos formaban parte de su hoard. Dañarlos era robarle, y ningún dragón que mereciera ese nombre permitiría que alguien le robara. Su magia se desplegó. Los incendios se apagaron, las casas colapsadas fueron estabilizadas, y los heridos sanaron. Los muertos, sin embargo, permanecieron en su fin. Habían límites que había aprendido a no cruzar, y ese era uno de ellos. Ignorarlo había causado la Catástrofe de la Cuarta Edad, y lo último que quería era volver a estar en medio de zombis. ¡Qué desastre! Había tardado siglos en lidiar con aquello. Peor aún, los zombis sabían horrible y malamente, ni siquiera pudo comerse a sus enemigos. "¡Supremo

dragón!", un anciano humano se acercó y cayó de rodillas ante él. "¡Nos ha salvado!" "¿Quién hizo esto?", preguntó Doomwing. "¿Quién se atrevió a quemar sus campos y dañar a su pueblo? ¿Quién se atrevió a tomar mi tributo? ¿Quién se atrevió a robarme?" El anciano lo miró con mezcla de asombro y terror. "¡Soldados, supremo dragón! Nos pidieron todo lo que teníamos. Cuando nos negamos, destrozaron todo." "¿Soldados?", Doomwing ratmulló con un estruendo, parecido a un trueno que retumba en el cielo. "¿No saben que esto me pertenece por derecho?" "Les advertimos, supremo dragón, pero se rieron en nuestra cara. Sabían que solo venía por su tributo una vez cada siglo. Pensaron que podían hacer lo que quisieran mientras usted dormía." "Entiendo." Doomwing no había hecho mucho desde el fin de la Sexta Edad, hace aproximadamente mil años. La Catástrofe de la Edad había sido tremendamente difícil de manejar, y sus heridas fueron severas. Incluso ahora, milenios después, las escamas en el lado derecho de su pecho no eran iguales a las del izquierdo. Si sus magias defensivas hubieran sido solo un poco más débiles o lentas, estaría muerto. Desde entonces, usó ese tiempo para recuperarse y rearmar su poder. No perdió tiempo en recolectar su tributo; lo hizo rápidamente y volvió al lago a dormir. Claramente, los reinos que rodeaban su territorio habían olvidado quién era y de qué era capaz. "¿Los soldados atacaron otras aldeas?", preguntó Doomwing. "Sí, supremo dragón. No fuimos los primeros en ser atacados. Las aldeas al oeste fueron las primeras, y luego avanzaron hacia el este después de arrasarnos." "Entonces, también iré hacia el este", dijo Doomwing. Estaba a punto de extender sus alas cuando recordó que eso probablemente provocaría un huracán que arrasaría con lo que quedaba de la aldea. En su lugar, pronunció un hechizo protector sobre la aldea y luego volvió a elevarse en el aire. "Llevaré a cabo la venganza contra los soldados y regresaré a reparar su aldea." No podía permitirse que esas aldeas no pudieran facilitar tributo.

El capitán Jarod Evans disfrutaba de una noche bastante buena. No había nada como un poco de saqueo para poner su sangre en ebullición. Es cierto que la orden había sido no eliminar a demasiados campesinos, pues el rey planeaba anexionar toda esa región en el futuro, pero algo de matanza era casi imprescindible en estos casos. Sí, llegar cabalgando, apuñalar a unos cuantos y luego prender fuego a algunas cosas era la mejor manera de causar una impresión adecuada. Podían obedecer o podían morir. Y tampoco le asustaba la presencia del dragón. Se suponía que despertaba una vez cada cien años, y esa historia de que medía una milla de largo... Era imposible. El dragón más grande que había visto medía solo quinientos pies. Era un viejo y resistente. Sin embargo, los magos y guerreros del reino lograban derribarlo usando hechizos y armas sacadas de antiguos tomos y arsenales. Muy pocas criaturas en la Séptima Era podían resistir las maravillas de la Sexta. Incluso si aquel dragón despertaba, tendrían veinticinco años para prepararse. Lo mataban si se atrevía a mostrar su cara. Pero, sinceramente, le había sorprendido un poco que el rey les diera tanta libertad. Le gustaba mostrarse poderoso, pero habría sido más sensato obligar a los campesinos a entregar sus cosechas en lugar de quemarlas. En fin. El rey era muy dado a esa estrategia de "temed mi poder" para gobernar, así que quizás era una forma de asegurarse de que la gente de estas tierras jamás pensara en rebelarse una vez que se unieran al reino. "¿Qué tan lejos estamos del próximo pueblo?" preguntó a su segundo al mando. Taylor abrió la boca para responder y luego quedó en silencio. "¿Qué?" gruñó Jarod. "Taylor?" Entonces se dio cuenta de que el otro caballero no lo miraba a él. En cambio, miraba hacia arriba y detrás de su espalda. Todo se había vuelto muy oscuro de repente. Se suponía que debía haber luna llena esa noche. ¿Habían llegado nubes? ¿Venía agua? Sería un problema si llovía, dificultando que quemaran todo. "D... d..." "¿Qué?" Finalmente, Jarod se giró y toda la sangre en sus venas pareció helarse. No había nubes. No venía agua. Pero allí estaba, un dragón, y era realmente enorme. Tal vez medía incluso una milla. "¿Pensaste que podías robarme?" La voz del dragón estremeció la tierra y el cielo. Jarod

fue consciente que fue lanzado de su caballo cuando el animal chilló y se detuvo de repente por instinto de terror. Los demás también tuvieron dificultades, y se levantaron tambaleándose al ver cómo un segundo sol brotaba en el cielo. No, no era un segundo sol. Era fuego ardiendo en las fauces del dragón. Jarod tragó saliva con dificultad. “¿Oh, mierda?”